

SOBRE

Mario Vargas Llosa



María Jesús Lorenzo-Modia, ed.

Sobre

Mario Vargas Llosa

María Jesús Lorenzo-Modia (ed.)

A Coruña 2019

Universidade da Coruña
Servizo de Publicacións

Sobre Mario Vargas Llosa

María Jesús Lorenzo-Modia (editora)

A Coruña, 2019

Universidade da Coruña, Servizo de Publicacións

ISBN: 978-84-9749-729-9 (formato impreso)

ISBN: 978-84-9749-730-5 (formato electrónico, DVD)

ISBN: 978-84-9749-731-2 (formato electrónico, repositorio de la UDC)

Depósito Legal: C 1383-2019

DOI: <https://doi.org/10.17979/spudc.9788497497312>

© de la edición, Universidade da Coruña

© de los textos, los autores

© de la imagen de cubierta, Morgana Vargas Llosa

Doble página de guardas: El cielo de Arequipa el 28 de marzo de 1936. Fotografía cedida por Museos científicos, Ayuntamiento de A Coruña

Distribución editorial: <<https://www.udc.gal/es/publicacions/distribucion>>

Diseño de la cubierta: Julia Núñez Calo

Diseño de interior: Juan de la Fuente

Impresión: Lugami Artes Gráficas, Betanzos (España)

Printed in Spain

Este trabajo ha sido posible gracias al apoyo de la Universidade da Coruña (Vicerrectorado de Economía, Infraestructuras y Sostenibilidad, Campus Innova y Campus Sustentabilidade), MICINN (FEM2015-66937-P, PGC2018-093545-B-100) y de la Xunta de Galicia (Consellería de Cultura e Turismo y Consellería de Educación, Universidade e Formación Profesional, ED431D2017-17).



AVISO LEGAL

Esta obra se edita bajo una licencia Creative Commons CC BY-NC-SA (Atribución-NoComercial-CompartirIgual) 4.0 Internacional

ÍNDICE

Presentación	13
MARÍA JESÚS LORENZO-MODIA “Mentiras que tienen apariencia de verdades” o la literatura según Vargas Llosa	19
MARIO VARGAS LLOSA Vela de armas por una luchadora.....	31
JUAN CRUZ RUIZ El padre, la madre y la inspiración.....	35
MARIE-MADELEINE GLADIEU Mario Vargas Llosa, la poesía y los poetas.....	49
EFRAÍN KRISTAL La ambigüedad en la narrativa de Mario Vargas Llosa y sus antecedentes en Faulkner, Mann y Borges.....	59
ROY C. BOLAND OSEGUEDA Un escritor del Sur: el anti-colonialismo en algunas novelas de Mario Vargas Llosa desde la perspectiva de J. M. Coetzee.....	69
MARÍA CONCEPCIÓN REVERTE BERNAL Mario Vargas Llosa: crítica al nacionalismo y al patriotismo	81
MARÍA JESÚS LORENZO-MODIA Entrevista a Mario Vargas Llosa, 22/03/2019	107

El padre, la madre y la inspiración

JUAN CRUZ RUIZ

Periodista y escritor

*A Rubén Gallo, que desde Princeton
arroja luz sobre la literatura hispana.*

Buenas tardes. Imagino que han abierto el escenario por si ustedes se aburren para que puedan entretenerse en naturalezas más vivas que la mía. Estoy muy feliz, querido rector, querida decana, queridos compañeros de estrado, querido Mario Vargas Llosa y todos ustedes. Para mí es un honor, siendo un periodista, compartir tribuna de académicos, que, por otra parte, uno a uno, nos han ido dando esta mañana lecciones de lectura honda y sensible, arriesgadas y llenas de sentido común y también del atrevimiento y lo que es leer para enseñar y leer para contar. Yo me he sentido muy orgulloso, como universitario que soy, de ver este nivel, y también el nivel de atención de jóvenes lectores que tienen ahora la edad que tenía Mario Vargas Llosa cuando estudiaba a mediados de los cincuenta en Madrid, en la Universidad Complutense, para ser el lector que es, junto al escritor que sigue siendo.

Hay circunstancias en la vida que provocan en un periodista, no sólo las ganas de hablar de los libros, sino también de las personas y de las coincidencias que coexisten en la larga vida. En 1958, Mario Vargas Llosa

Cruz Ruiz, Juan. "El padre, la madre y la inspiración". Lorenzo-Modia, María Jesús, ed. *Sobre Mario Vargas Llosa*. A Coruña: Servizo de Publicacións da Universidade da Coruña, 2019, pp. 35-47.

DOI: <https://doi.org/10.17979/spudc.9788497497312.035>

terminaba en una pensión de la calle Doctor Castelo de Madrid, *La ciudad y los perros* (1963). Algunos años después, tras unas vicisitudes que él contó ayer a los periodistas aquí en A Coruña, algunas de las cuales eran inéditas hasta que las escuchamos (Domínguez), finalmente, la publicó Carlos Barral en la editorial que dirigía, Seix Barral. Por aquel entonces él era un muchacho que apenas había escrito o publicado algunos cuentos, y tenía, y tiene siempre, ese lugar donde escribió *La ciudad y los perros* como si fuese un fetiche de su historia. Anteayer pude verle visitar ese lugar, que ahora ya no es la tasca “El Jute” sino que es un restaurante vasco que se llama “Arzábal” y que está justamente en esa esquina de Doctor Castelo con Menéndez Pelayo, frente al parque del Retiro.

Por cierto, debajo exactamente de donde escribe y vive aún, a sus cien años, Juan Eduardo Zúñiga, el más longevo de los escritores españoles. En aquella ocasión, anteayer, Mario, que visitaba el antiguo “Jute”, se enteró de una circunstancia que acaso le dé, algún día, para escribir, no en una autobiografía, que ya no hará, porque es la que está haciendo para la televisión con su hijo Álvaro. Algún día él contará esto: las mesas de mármol donde escribía Mario Vargas Llosa *La ciudad y los perros* eran recicladas del cementerio de Madrid, de modo que si uno tocaba por debajo, encontraba los nombres de los muertos. Entonces, aquella historia, que se añade a la otra historia, es para los que hemos seguido la historia de cómo nacen los libros y cómo nace la escritura de Mario Vargas Llosa un elemento más que concita la idea de que, como decía uno de los intervinientes esta mañana, nada hay casual en ninguno de los libros de Mario Vargas Llosa. Incluso los más alejados de lo que pudiera ser su historia personal, esos también tienen elementos personales. Yo creo que lo que distingue la actitud de Vargas Llosa, la actitud central, la que lo va persiguiendo a lo largo de la vida, sigue intacta aunque hayan pasado los años. De modo que, en cierto modo, uno puede ver, y lo podíamos ver anteayer, hablando de aquel tiempo y del tiempo presente, con su hijo, uno puede ver la misma energía creativa que tiene que ver también con su curiosidad. Hoy ustedes, algunos de ustedes, los que hayan estimado oportuno, se habrán acercado a Mario, le habrán pedido opinión, autógrafos... y habrán observado que en ningún momento termina la conversación en el autógrafo o en el saludo. Él siempre tiene alguna pregunta que hacer, alguna indicación que hacer. Sandra [Faginas] hablaba del periodismo. Yo me siento orgulloso de que ese oficio me una a Mario Vargas Llosa. Lo conocí, me parece que en el año 1974, y a lo largo

del tiempo le he hecho demasiadas entrevistas. De hecho hace un momento le hice una entrevista. Demasiadas entrevistas para él, que debe estar har-to de mí. Pero, como dice un amigo mío, yo siempre ando con una libreta y con un bolígrafo, y no me puedo resistir, como Sandra, a hacer preguntas.

Pero yo he visto a Mario en momentos muy importantes y simbólicos de su vida civil. Yo estaba en Perú cuando él era un perseguido de Montesinos, de quien habló con mucho verismo nuestro amigo Roy Boland, y nuestra amiga Concepción Reverte, y nuestra amiga Marie Madeleine Gladieu, y nuestro amigo Efraín Kristal. Han dado lecciones sucesivas de entendimiento de lo que es la proteica, la cosmogónica figura de Mario Vargas Llosa. Pues ese día, que estábamos en Perú para presentar *La fiesta del chivo* (2000), o la fiesta del “chino”, Mario Vargas Llosa estaba perseguido por Fujimori y por Montesinos. De hecho, entre las cosas que quiso hacer Mario ese día fue dar una conferencia de prensa en el lugar en el que solo a un loco o a Mario Vargas Llosa se le ocurre transitar, que es el sótano de un hotel. Él dijo de todo acerca de Montesinos. Y allí estaban los policías de Montesinos. Y allí había como un clima que se cortaba como con un cuchillo. Porque, entonces, no solo los policías y buena parte del público eran afectos a aquella dictadura sino, que me disculpen los periodistas, también los periodistas. Y Mario, ante ese auditorio, habló con la libertad con la que siempre ha hablado de las diversas y sucesivas situaciones políticas que han atravesado su historia, de modo que no había ningún escondite para su manera de ver y de expresar lo que veía en aquel momento.

Luego pretendió ir al centro de lo que es, aparte del “Jute”, la creación de *La ciudad y los perros*, que es el colegio militar “Leoncio Prado”. Y hacía un viento terrible al atardecer. Entonces Mario, que siempre ha tenido ese aire de, como decía Marie Madeleine, *sartrecillo* valiente —apodo con el que se dirían a él Luis Loayza y Abelardo Oquendo (Vargas, *El pez* 295)— fue, como si fuera un estudiante, a ver cómo era el colegio militar ahora. La policía de Montesinos, los militares de Montesinos, ya habían dado recado de que allí no se entraba. Y Mario Vargas Llosa, cuyo pelo entonces era un poco más oscuro, con la melena al viento, en aquel vendaval, asistía al asunto, al hecho, de su expulsión del lugar donde un día se hizo o concibió la idea de su novela primera y tan importante. Parecía él, parecía un estudiante que acababa de salir para escribir otra novela. De hecho, luego hubo otras novelas. Y hubo una novela, que no es *La fiesta del chivo*, pero podría ser “la fiesta de todos los chinos” que ha habido

también entre nosotros. Nosotros también tuvimos un “chino” que, por ejemplo, mandó matar allí, en aquella esquina, a ciudadanos republicanos gallegos. Ese chino de República Dominicana, Trujillo, tenía y tiene mucho que ver con, por decirlo con un título de Peter Handke, *El chino del dolor* (1983), que marcó la vida de Perú y la marca hasta este momento. Pero “el chivo” era Leónidas Trujillo. Y Leónidas Trujillo le inspiró a Vargas Llosa la novela más importante, la novela política más importante que se haya escrito en América en los siglos XX y XXI, la más responsablemente escrita, la más obligadamente escrita, porque no acude ni al panfleto, ni al lugar común ni a la ignominia. Todo está narrado, y la narración va contando el modo de ser de los personajes. La estructura de la novela misma es un homenaje a la novela. No es un ataque, siéndolo, al dictador, sino que es un homenaje a la novela.

Yo debo confesar que la leí en el manuscrito en el año que le dieron el premio Nobel a Günter Grass, en Estocolmo. Y estaba en una sala del hotel y estaba deseando que no le dieran el Nobel, que no hubiera ceremonia, que no pasara nada mientras yo estuviera leyendo ese libro, que es una trepidante celebración de la literatura y de la memoria.

Mario Vargas Llosa tiene, como decía también Marie Madeleine, y persiste en tenerla, esa vocación de hacer avanzar la fuerza primera que lo convirtió en un escritor: la fuerza de la literatura. Por esa razón los autores de los que ha escrito tienen que ver con los distintos poderes de los que se ha animado su manera de narrar: Víctor Hugo (distintas maneras, he dicho), Juan Carlos Onetti, Gustave Flaubert, William Faulkner... no hay ninguna renuncia, nunca, a ninguno de esos maestros. Y, aunque se haya distanciado de Sartre, hay algo en él que sí es de Sartre: la voluntad de indagar siempre en qué es la literatura. Es, como decía Efraín, el autor de una reinvencción constante, también como periodista. No hay un artículo de Mario Vargas Llosa que haya sido pre-escrito. Siempre hay en su voluntad de contar la vida, curiosidad por la vida que cuenta. Mucha gente, animada de tópicos a los que aludió Concepción Reverte, me dicen a mí mismo: “No, yo a Mario Vargas Llosa no lo leo”. Se lo pierden, porque no lo leen por sus ideas políticas. Y, a veces, los artículos van en contra de sus ideas políticas. O de las que se supone que son sus ideas políticas. Por otra parte, tú no puedes hablar de la libertad ni exhibirla, ni explicarla, si no tienes la libertad de leer a aquel con el que no compartes su libertad de pensar. Entonces, yo soy un pequeño apóstol de la lucha por convencer uno a uno

(me cuesta mucho, me cuesta muchos años) de que lean a Mario Vargas Llosa también como escritor de periódico. Esa llamada a la energía lo ha llevado a hacer cosas insólitas para un escritor de su fama y de su tiempo. Los escritores de ahora, y que no me escuchen, los escritores de ahora son muy acomodaticios. Están sentados en un sillón que, en el trasero, pone “ego”. No se levantan del ego. No viajan fuera del ego. Y no ven la vida alrededor. Uno de los viajes que yo he hecho con Mario Vargas Llosa fue a Palestina e Israel (o Israel y Palestina). Estuvo en todos los lugares. Sufrió, como nosotros, los periodistas que le acompañábamos, los efectos terribles de los “check-points”, que son serias cerrazones de la mente de un país con respecto a la evidencia de que el país que tiene delante está también habitado por seres humanos. Lo escuché dialogar con Amos Oz, que también ha sido citado aquí, y con David Grossman (Cruz, *Primeras personas* 91). Y concebí que lo que estaba haciendo, él también con su libretita y su bolígrafo, era para un texto que excedería las páginas del periódico, que se convertiría en una especie de novela río de la ignominia. Y, sin embargo, cuando lo leí en el periódico, cuando descubrí la capacidad de síntesis que hay en la escritura de Mario Vargas Llosa, pensé que no sólo había sido, como decía Sandra, un periodista, sino que era el mejor de todos nosotros.

Ha habido aquí algunas referencias al niño Vargas Llosa, al niño que hizo sus primeros años leyendo, por ejemplo, a Genoveva de Brabante. Y eso me conmueve porque fue también mi primera lectura. Y cómo alcanzó el ritmo de la escritura gracias a la poesía que le robaba a su madre. Y me alegra que hayan revelado aquí los primeros poemas de Vargas Llosa, que ya no podrá, porque ha sido dicho en sede académica, ya no podrá ocultarse del hecho de que fue poeta y se firmó como Alberto.

Esa infancia está narrada con el corazón. Con el corazón herido, doblemente herido, porque el libro lo escribió cuando perdió las elecciones de Perú, y eso tuvo que producirle una convulsión humana importante. Y empieza, para narrar luego las idas y venidas de la campaña electoral, empieza ese libro, *El pez en el agua* (1993), narrando el primer desgarramiento fundamental de su vida: que es cuando a los diez años la madre, que era la presidenta, por así decirlo, del paraíso terrenal en el que él habitaba hasta entonces, le comunica que su padre, supuestamente muerto, estaba vivo. Y lo iba a ver esa tarde. Esa convulsión marca, desde mi punto de vista, la personalidad de Vargas Llosa desde entonces, sus miedos, sus actitudes,

su manera de referirse a la vida y de abordarla y también, desde mi punto de vista, ese libro que yo considero una obra maestra de la literatura del encuentro con la vida. No de la literatura del “yo” sino de la literatura del encuentro con la propia vida. Para mi ese libro... yo tengo, por eso subí la maletita esta, porque aquí yo tengo mi bibliografía de Vargas Llosa. Los académicos las tienen bien memorizadas. Y aquí está *El pez en el agua*, que es un libro maravilloso que yo les recomiendo que compren hoy en papel, en cualquier sitio. Y este otro, que contiene la primera entrevista larga que le hicieron nunca a Mario Vargas Llosa. Se la hace Luis Harss, un libro que conoce muy bien mi amigo Efraín Kristal, y que contiene genuinamente todos los demonios que habitan en aquel momento el deseo de ser escritor que ya ha publicado su primera novela y está escribiendo *Conversación en la catedral* (1969). Y hay un librito que contiene una conferencia que él dio, que es éste: *Historia secreta de una novela* (1971), en la que cuenta la historia de cómo hizo *La casa verde* (1966). Este es un libro memorable, de una sencillez apabullante, en el que, como si estuviera desnudando al escritor, él escribe cómo lo hizo. Entonces yo, poseído de mi pasión por *El pez en el agua*, he perseguido por todas partes las cosas que ha dicho y que ha escrito en entrevistas memorables o en textos que están al alcance de todos, un texto. Que yo sé que ustedes aprecian más lo leído que lo dicho, con lo cual yo voy a leer...no crean ustedes que no he escrito yo algo para este seminario. Y se titula así: “Así, hacia finales de 1958, en una pensión de la calle Doctor Castelo, no lejos del Retiro...”. Mario Vargas Llosa habla para la prensa y para la radio desde que era un muchacho como los de *Los cachorros* (1967). Su historia de entrevistado es más vieja incluso que su propia historia como escritor. Y un valor que tiene esa presencia en los medios es que casi todo lo que ha dicho, casi todo lo que ha pensado, está impreso o grabado. Aún hay otro valor: es difícil cazarlo en una contradicción, excepto si se buscan sus grandes rectificaciones, que tienen que ver con sus posiciones políticas, que fueron del comunismo al liberalismo, en cuya tesitura se encuentra ahora. A este último estadio de su pensamiento civil llegó, sobre todo, tras el desengaño de Cuba, que por otra parte fue común entre los que tienen su edad y, como él, abrazaron aquella fe hasta mancharse. El famoso caso del encarcelamiento del poeta Heberto Padilla, que fue causa de ruptura entre la intelectualidad occidental y el régimen castrista, hizo que se bajara del caballo cubano, aunque el caballo mayor, Fidel Castro, hizo esfuerzos por atraerlo de nuevo al redil.

Al contrario que otros contemporáneos, que guardaron silencio o se resguardaron la ropa, Vargas Llosa ha ido explicando, casi obsesivamente, las razones de su progresivo cambio de criterio sobre asuntos públicos, sobre todo ideológicos. Él no es dado a expresiones religiosas, de modo que nunca calificó de arrepentimiento esos cambios. Y aunque en su literatura ha escrito de pasiones, y es un hombre apasionado, rara vez la explicación de esos cambios de criterios políticos los ha hecho para arrojar sobre otros culpas por no haber seguido sus propias revueltas. Ha sido, es, un ciudadano que no reparte dictérios, pero los recibe todos. En cuanto a hombre entrevistado, tampoco ha rehuido las explicaciones de sus idas y venidas; le han servido, además, para razonar sus cambios de postura, y lo ha hecho en público y en privado, por escrito u oralmente, por propia iniciativa o porque le han preguntado. En ningún caso, y en ningún formato, este descreído de la religión desde muchacho se ha sentido culpable por esos extravíos racionales de sus convicciones que, como queda dicho, parten del extremo comunismo al liberalismo económico, que es el extremo derecho del liberalismo. La palabra culpa no aparece en su vocabulario ideológico, ni aplicada a sí mismo ni concerniente a los otros.

Aunque ha sido acusado de ser un traidor a la Revolución Cubana, nadie como él ha explicado tanto ese decisivo vaivén de su vida (y de su generación); aun así, a cada explicación que ha dado han arreciado los ataques de personas que, pasado el tiempo, cambiaron también de criterio hasta llegar a la indiferencia con respecto al fenómeno ideológico y político que más discusiones ha suscitado en el mundo hispanoamericano.

Donde Mario Vargas Llosa nunca se ha movido un ápice ha sido en el hecho más central de su vida, su enfrentamiento con el padre, que marcó para siempre no sólo su personalidad sino, sobre todo, su escritura. Desde que empezó a referirse a sí mismo como escritor, tanto en sus propias obras (en *El pez en el agua*, sobre todo) como en sus sucesivas declaraciones esa figura, el padre, resulta tan central como su madre, aunque siempre en sentido contrario. La madre fue el lado claro de esa referencia a su propia historia personal. El padre fue el lado oscuro. Excepto cuando recuerda que, a pesar de los pesares, al final de su vida el padre guardaba en su cartera noticia de los éxitos del hijo, siempre ha estado ese muro familiar impidiendo que él fuera feliz. Y acaso por esa infelicidad ha escrito. Sus obras no desdicen esta posibilidad. Arrancado por el padre de la felicidad que le proporcionaba su madre, Vargas Llosa fue recluido en un colegio militar

para que se curara de sus tendencias poéticas, que podrían llevarlo, según los dictados del padre, a la mariconería.

En el colegio militar Leoncio Prado fraguó una venganza, no declarada, contra el padre, y en toda su obra, de una manera u otra, combate esa sombra. A las claras. Cuando Luis Harss lo incorpora al vademécum del que partió el *boom*, su libro *Los nuestros*, publicado en 1966, aquel Vargas Llosa de 28 años explica lo que pasó en su vida y en su escritura tras el descubrimiento tardío del padre. Esas declaraciones, que ahora se citan muy poco, tienen un enorme valor documental para entender la figura y la escritura con la que aquel Varguitas apareció en la historia de la literatura, por una senda que luego jamás ha desandado: siempre ha estado el padre ahí; es más, ahí está la pena que le procuró el padre.

En ese libro, Vargas le dice a Harss cómo cambió su vida, de niño mimado por su madre y por sus parientes, a soldado-escolar en el Leoncio Prado. “Mi padre me mandó allí” (Harss 374). Lo había conocido muy tarde, estaba convencido de que había muerto, “pensó que el Leoncio Prado haría de mi un hombre. Para mí fue descubrir el horror, una desconocida realidad, la cara contraria de la vida. Me marcó de una manera terrible” (375). *La ciudad y los perros* (1963) fue la consecuencia escrita de esa experiencia: no está el padre, pero está en todo, en la minuciosa destrucción de la personalidad a la que somete el colegio a los estudiantes; y Vargas Llosa contempla esa tachadura como si estuviera redondeando una metáfora que el padre ha dejado en sus manos. “*La ciudad y los perros*”, le apunta Vargas a Harss, “es un testimonio de esa época, ese ambiente, y de ese estado de espíritu. Desde que estaba en el Leoncio Prado yo pensaba ya escribir algo sobre él” (Harss 375). No dejó de hacerlo, aunque sus personas se revistan de otras identidades.

Él escribía en su casa, en Piura, a escondidas; cuando el padre lo descubrió “pensó que era algo grave” (375); como otros miembros de la burguesía limeña, él pensaba que ser escritor o artista “es sólo un pretexto para ser maricón o pobre diablo” (375). En la clandestinidad, huyendo del padre, se incubó esa vocación que lo llevó al premio Nobel. A él le repugnaba la clase de la que provenía, la burguesía peruana, “la peor que existe”, pero, “para un niño, sentirse cortado de esa clase y no incorporado a ninguna otra es la soledad y la neurosis” (375). Esos fueron desde entonces, la soledad y la neurosis, los elementos que pusieron en marcha su escritura. “La literatura fue para mí un escape, una justificación de mi vida

y una compensación de todo lo que en ella me entristecía y disgustaba” (375). A partir de entonces, y no sólo en *Los cachorros* o en *La ciudad y los perros*, la del muchacho solo de Piura es una historia marcada por el azote del padre. En aquel tiempo, 1966, le dice a Harss lo que luego repetiría: “Escribir es una manera de defenderse, de salvarse, de reintegrarse a una sociedad de la que se está o se cree estar excluido, o a un mundo familiar del que uno se siente expulsado” (Harss 376).

Es una idea, amarga e insistente, que regresa tan tarde como en 1993, en *El pez en el agua*, quizá su libro menos leído y más determinante para conocer la verdadera figura de Mario Vargas Llosa. Ahí muestra, de acuerdo con lo que le había contado su tío Juan, el origen en el que él supone que se asienta la violencia con la que el padre recibió a su pariente político para advertirle sobre el porvenir del niño. Lo recibió sentado al volante de su Ford azul: “Estoy armado y dispuesto a todo”, le dijo el padre al tío Juan (Vargas, *El pez* 63). Y añade el propio Mario:

Para que no cupiera duda, le mostró el revólver que llevaba en el bolsillo. Dijo que si los Llosa, aprovechando su relación con el presidente [de Perú en aquel momento] trataban de sacarme al extranjero, tomaría represalias contra la familia. Luego despotricó contra la educación que me habían dado, engriéndome e inculcándome que lo odiara y fomentándome mariconerías como decir que de grande sería torero y poeta. Pero su nombre estaba en juego y él no tendría un hijo maricón. (*El pez*, 63)

En aquel momento, el niño Mario estaba en su poder, de modo que lo siguiente adquiriría un aire melodramático de amenaza fundada: “[Le dijo al tío Juan que] mientras no se le dieran garantías de que mi madre no viajaría conmigo al extranjero, los Llosa no volverían a verme la cara. Y se marchó” (63).

Ese es el clima en el que nace Vargas Llosa a la realidad, y a la ficción. Ese revólver se convirtió en un fantasma de sus sueños; lo escuchó detonar una vez, mientras vivió con el padre, “pero no sé si alguna vez llegué a ver el revólver con mis propios ojos. Eso sí”, añade Vargas Llosa en *El pez en el agua*, “lo veía sin tregua, en mis pesadillas y en mis miedos, y cada vez que oía a mi padre gritar y amenazar a mi mamá, me parecía que, en efecto, lo que decía, lo iba a hacer: sacar ese revólver y dispararle cinco tiros y matarla y matarme después a mí” (Vargas, *El pez* 63).

Ese fantasma recorre la primera infancia de Mario y lo acompaña mucho más allá. En momentos decisivos de su vida se referirá a esos padecimientos, no sólo en la entrevista con Harss. Sus alusiones frecuentes a la expulsión que sufrió del paraíso en el que había habitado cuando su madre y sus tíos lo mimaban, antes de que su padre volviera de la muerte en la que él lo creía instalado, tienen el aire dramático de esa evocación. Cuando, en 1990, el momento en el que acaba de perder las elecciones peruanas frente a Fujimori y está a punto de ponerse a escribir *El pez en el agua*, es abordado en París por un colaborador de *The Paris Review*, Ricardo Setti, que le pregunta por su mayor cualidad y su mayor defecto como escritor. Responde Mario palabras que Sigmund Freud podría haber deletreado para explicar el origen de su personalidad: “Creo que mi mayor cualidad es mi perseverancia: soy capaz de trabajar muy duro y dar más de mí de lo que me parecía posible. Creo que mi mayor defecto es la falta de seguridad, que me atormenta enormemente” (Setti y Hunnewell, “Mario Vargas Llosa, *The Art of Fiction*” s.p.). A la inseguridad sobre la escritura propiamente dicha, añade entonces Vargas Llosa, recién derrotado en un empeño mayor de su vida adulta, la ferocidad cada vez más terrible de su autocrítica, su falta cada vez mayor de seguridad. Aun así, seguirá escribiendo. “Escribir es mi naturaleza. Vivo toda mi vida según mi trabajo. Si no escribiera, me volaría la tapa de los sesos, sin dudarlo ni un minuto”. Y apunta al futuro: “Quiero escribir muchos libros más, y mejores. Quiero tener aventuras más interesantes y maravillosas que las que he tenido. Me niego a admitir la posibilidad de que ya he dejado atrás mis mejores años, y no lo admitiré ni aunque me viera enfrentado a evidencias” (Setti y Hunnewell. “Mario Vargas Llosa, *The Art of Fiction*” s.p.). No sería la última vez que enunciase ese deseo.

Es aquí cuando Setti le hace una pregunta habitual en las entrevistas de *The Paris Review*. Lo que no es habitual es el dramatismo de su respuesta: “—¿Por qué escribe? — Escribo porque soy desdichado. Escribo porque es una manera de combatir la desdicha” (Setti y Hunnewell, “Mario Vargas Llosa, *The Art of Fiction*” s.p.).

Preguntas así las respondieron colegas suyos como Gabriel García Márquez, Juan Carlos Onetti o Alfredo Bryce Echenique diciendo que escribían “para que me quieran más” (“La soledad comunicante”). La respuesta del autor de *El pez en el agua* está en consonancia con el tiempo, una derrota política que lo revuelve y le pone por delante, otra vez, la escri-

tura; acaso es el momento decisivo de su vida, otra vez. Cuando aún lucha contra el padre para ser escritor y no el bravucón que su progenitor desea, gana un concurso literario patrocinado por franceses cuyo premio es viajar a París. Era aún un adolescente. Muchos años después, candidato rechazado para la presidencia de su país, regresa a Europa y es a París donde vuelve, para reiniciar una carrera que culmina en 2010 con el Nobel. Al recibirlo, Vargas Llosa pierde la voz; un médico ha de asistirlo para que la recuperara y pudiera decir su discurso de aceptación del galardón más grave de su vida; es como si la preparación para enviarle, sin palabras, una nueva carta a su padre, de afirmación de la escritura como opción de vida, revolviera su cuerpo hasta el miedo y éste le cercenara de raíz sus cuerdas vocales (Cruz, *Primeras personas*, 330).

Contra la desdicha, pues, ha escrito. Tuve la ocasión de entrevistarle en París al tiempo que Setti le hacía su propia entrevista para *The Paris Review*. Lo esperé horas frente a Gallimard, su editorial, pues sabía que por allí saldría en algún momento. Y lo hizo, cargado de libros; lo saludé tocándole el antebrazo, sus manos estaban inutilizadas por tanta carga. Yo había leído poco antes, en la Galería Maeght, un texto que él mismo escribió sobre *los gordos* del colombiano Fernando Botero. Decía ahí Mario que cuando uno veía a alguien que fue fuerte y grueso y lo encontraba súbitamente enflaquecido, siempre venía a la mente la impresión de que algo grave había sufrido la vida del repentinamente disminuido (Botero). Sentí eso exactamente cuando le toqué los huesos, como en el famoso cuento de Hansel y Gretel. Al día siguiente estuve con él en un famoso café de París; ya se había repuesto su cara del susto de Perú, ya estaba en París, ya estaba escribiendo *El pez en el agua*. Y esto fue lo que *El País* destacó de lo que Mario me dijo entonces: “Creo que he recobrado mi libertad” (Cruz, “Mario”). Mientras duró la campaña, le inventaron chismes, su partido estuvo a punto de saltar por los aires, vio alrededor las inmundicias de las amenazas. Estuvo en el borde mismo de la desdicha. De nuevo la escritura lo iba a salvar de ese pozo sin fondo del que sólo se sale por la vía que su padre quería vetarle. Podía haber sido cualquier otra cosa, profesor e incluso poeta. Fue mientras leía

galopantes novelas de caballerías ... que me planteé por primera vez la ambición de ser un escritor y nada más que un escritor. Llegué a esta conclusión por el método eliminatorio, luego de haber descubierto que tampoco

quería enseñar. Ni abogado, ni periodista, ni maestro: lo único que me importaba era escribir, y tenía la certidumbre de que si intentaba dedicarme a otra cosa sería siempre un infeliz. (Vargas, *Historia secreta* 47)

Eso lo escribía en *Historia secreta de una novela*, un volumen breve de *Los Cuadernos Ínfimos* de Tusquets, aparecido en 1971 tras el éxito *La Casa Verde*. Aparece ahí la infelicidad como punto de partida, como fuego con el que incendiar la desdicha. Pero “que nadie deduzca de esto”, aclaraba Mario Vargas Llosa, “que la literatura garantiza la felicidad: trato de decir que quien renuncia a su vocación por ‘razones prácticas’, comete la más impráctica idiotéz. Además de la ración normal de desdicha que le corresponda en la vida como ser humano, tendrá la suplementaria de la mala conciencia y la duda” (Vargas, *Historia secreta* 48). Así, hacia finales de 1958, en una pensión de la calle del Doctor Castelo, no lejos del Retiro, quedó perpetrado el acto de locura: “Voy a tratar de ser un escritor” (48).

Él le pone esa fecha exacta, a los veintidós años de su nacimiento, doce años después de su encuentro (de su desencuentro) con el hombre, su padre, que iba a convertirse en el contrincante mayor de su vida, el que lo iba a alejar de la felicidad, su madre, el que lo iba a poner, a su pesar, en las manos decisivas de la literatura, que sería ya para siempre el alimento de la dicha. Sin la escritura se hubiera levantado la tapa de los sesos. No es difícil creerle. En realidad, nunca es difícil creerle a Mario Vargas Llosa.

OBRAS CITADAS

- Botero, Fernando. Prólogo. *Las mujeres de Botero*. Barcelona: Artika, 2018.
- Cruz Ruiz, Juan. “Mario, Vargas Llosa. ‘Creo que he recobrado mi libertad’”. *El País*, 18 Junio 1990, https://elpais.com/diario/1990/06/19/internacional/645746404_850215.html.
- Cruz Ruiz, Juan. *Primeras personas*. Barcelona: Penguin Random House, 2018.
- Domínguez Seoane, Rosa. “Vargas Llosa: ‘El gran problema de nuestro tiempo no es la censura, es la mentira disfrazada de verdad’ ”. *La Voz de Galicia*, 22 Marzo 2019, <https://www.lavozdegalicia.es/noticia/coruna/coruna/2019/03/21/vargas-llosa-gran-problema-tiempo-censura-mentira-disfrazada-verdad/00031553186072961949282.htm>.
- Handke, Peter. *El chino del dolor*. Traducida por Margarita Medina. Madrid: Alfaguara, 1988.

Harss, Luis. *Los nuestros*. Madrid: Alfaguara, 2012.

“La soledad comunicante”. *El País. Opinión*, 1 Noviembre 1987, https://elpais.com/diario/1987/11/01/opinion/562719611_850215.html.

Setti, Ricardo Augusto, y Susannah Hunnewell. “Mario Vargas Llosa, The Art of Fiction. No. 120”. *The Paris Review*, n° 116, 1990, <https://www.theparisreview.org/interviews/2280/mario-vargas-llosa-the-art-of-fiction-no-120-mario-vargas-llosa>.

Vargas Llosa, Mario. *Conversación en la catedral*. Madrid: Alfaguara, 2010.

Vargas Llosa, Mario. *El pez en el agua. Memorias*. Barcelona: Seix Barral, 1993.

Vargas Llosa, Mario. *Historia secreta de una novela*. Barcelona: Tusquets, 1971.

Vargas Llosa, Mario. *La casa verde*. Barcelona: Seix Barral, 1966.

Vargas Llosa, Mario. *La ciudad y los perros*. Barcelona: Seix Barral, 1963.

Vargas Llosa, Mario. *La fiesta del chivo*. Madrid: Alfaguara, 2000.